

Capítulo I

Situación geográfica

El carácter peculiar de la costa peruana consiste en una sucesión de vastos desiertos y de valles pequeños extremadamente fértiles. Los primeros son consecuencia natural de la falta casi total de lluvias a lo largo de esa costa, mientras que la fecundidad de los valles depende de los ríos de escaso caudal costeño, que recorren su breve y rápido curso cuesta abajo desde la cordillera hasta el océano. Por sabia disposición de la naturaleza, esos ríos se llenan hasta rebasar durante el calor del verano, en la estación lluviosa de la sierra, y así la vegetación de los valles se salva de la sequía.

En el invierno, la provisión de agua disminuye con el final de la estación lluviosa de las montañas hasta apenas bastar para impedir que se reseque el árido interior de los valles. De repente el caudal de los ríos no es suficiente para la irrigación, como ocurre cerca de la desembocadura de esos valles; densas nieblas provenientes del océano forman una zona y una cobertura protectora, de anchura mayor de diez millas, que se extiende a lo largo de toda la costa peruana y que desciende en lluvia sobre los promontorios más cercanos del interior. Entonces las faldas de estas colinas se revisten de fresca vegetación y los pastores indios, apacentando miles de ovejas, bajan a esas "lomas" y se quedan allí hasta el comienzo de la estación cálida, en que retornan a las alturas serranas.

Una feliz aleación de habilidad humana y recursos naturales produjo la situación floreciente de esos valles. Un sistema admirable de irrigación artificial, comenzado hace miles de años, acarrea y distribuye el agua en numerosos brazos y ramales, acequias "madres" e "hijas", desde parajes situados en las alturas de aquéllos hasta los campos de la llanura. Y así puede verse la tierra arable irrigada, en clara línea horizontal de verdor, contra la arena amarilla del desierto sobrepuesta. Estas

obras de irrigación eran tan complicadas y perfectas como ahora lo son aun antes de la llegada de los españoles, herederos y sucesores de todo cuanto la industria de los indios había creado.

Las ruinas de la antigua ciudad de Pachacamac están situadas en el valle de Lurín, el más hermoso de aquellos valles, al sur del valle de Lima y a cosa de diecisiete o dieciocho leguas¹ de la actual capital. El riachuelo que fluye por el valle de Lurín es menor que el Rímac que irriga el valle de Lima, pero su caudal de agua es copioso y permanente, mientras que el del Rímac casi se seca en invierno, ya que éste brota de los nevados de la cordillera mientras que el de Lurín tiene sus fuentes sólo en los contrafuertes de esa cordillera, cerca de Huarochirí; peor aún, este pequeño río puede hacerse infranqueable durante el tiempo de las grandes lluvias.

No se sabe que el río tuviera nombre propio. En antiguas memorias, como mapas² e informaciones, es indicado como el río de Pachacamac y por este nombre se conocía su curso superior en la provincia de Huarochirí.³ El río, el santuario y la ciudad llevan su actual nombre de Pachacamac sólo desde el tiempo de la conquista incaica, alrededor de ciento setenta años antes de la invasión española y hasta ahora no es posible saber cuál pudo ser el nombre antiguo.

El valle de Lurín, debido a la pequeñez de su río, no es tan ancho como el valle de Lima. Forma una lengua de tierra que cerca de la costa tiene dos millas y media de anchura y se extiende hacia el interior milla y media, punto en el cual se ve estrechado por roquedales salientes por el lado meridional hasta sólo milla y media. A diez millas de la costa mide apenas dos tercios de milla: a dieciséis millas, cerca de Cieneguilla, tiene una anchura de casi un cuarto de milla, y a veinte millas del mar empiezan las quebradas de la sierra.

El valle de Lurín es en extremo encantador. Cieza⁴ lo llama “delicioso y abundante en fruta”, y probablemente no ha cambiado a este respecto desde el tiempo de los antiguos peruanos. Hileras de árboles altos, sauces (*salix*) en su mayoría o matorrales de caña (*canilo*) marcan el curso de los canales que entrecruzan los campos. Aquí y allá se ven boscajes de

¹ La latitud y longitud de Lima, según el *Diccionario* de Paz Soldán (1877), pp. 513, son: long. 77° 16' 20" : lat. 12° 2' 34". La Latitud y la longitud de las ruinas de Pachacamac, según A. Raimondi (1879), III, p. 96 son: long 76° 59' 27" : lat. 12° 15' 19". Dando por aproximadas estas cifras, la distancia entre Lima y las ruinas sería de dieciocho millas o alrededor de seis y media leguas peruanas lo cual casi concuerda con las siete leguas que se acepta en las cercanías como la distancia media entre el valle de Lurín y la ciudad de Lima.

² Comparar con el mapa que figura en la descripción y Relación de la Provincia de Yauyos, en las *Relaciones Geográficas...* de Balboa (1881), I, p. 61.

³ Francisco de Ávila, p. 142, En C.R. Markham, *Narraciones...*

⁴ I, cap. 72.

“huarangos” (*Leguminosa sp.*) y otros árboles, así como abundantes frutales como lúcumos, pacaes, paltos y chirimoyas.⁵ El valle alberga actualmente dos villorrios, Lurín y Pachacamac, y varias haciendas, la mayor de las cuales es San Pedro. Multitud de mestizos viven en livianas chozas de caña entre los campos.⁶

No hay que confundir la moderna villa de Pachacamac con las ruinas del emplazamiento de la ciudad antigua del mismo nombre;⁷ aquélla queda aproximadamente a tres millas tierra adentro de las ruinas, en la orilla opuesta del río y a una milla de éste. El emplazamiento de Lurín se halla, como el de la ciudad antigua, sobre el camino que bordea la costa, el “camino real”. Se encuentra en el mismo lado del río como las ruinas, pero a distancia de milla y media de ambos. Entre ellos se ubica la hacienda San Pedro, a cosa de dos tercios de la distancia del río al villorrio. Lurín tiene quinientos habitantes y la parroquia entera cerca de dos mil; la villa moderna de Pachacamac tiene trescientos y la parroquia entera cerca de tres mil; el distrito de la hacienda Cieneguilla, en la parte superior del valle, cuenta por su parte con cerca de cinco mil personas. Los habitantes de todos estos villorrios son pobres y casi en su totalidad dependen económicamente de las haciendas, particularmente de la de San Pedro.

⁵ Los antiguos productos agrícolas debieron ser principalmente maíz, camote, algodón, etc. En las tumbas suelen encontrarse vainas de semillas de algodón. En tiempos modernos se emprendió durante algún tiempo el cultivo de caña de azúcar, pero hubo de abandonarse.

⁶ Véase ilustración en el libro *Perú...*, de George Squier (1877), p. 66.

⁷ El vocablo Pachacamac se usará en este informe con tres significados diferentes, cada uno de los cuales es de uso general:

1. Para la ciudad antigua, situada en la orilla derecha del río.

2. Para la villa moderna, fundada en la época española, en la orilla izquierda del río, tres millas hacia el interior.

3. Para la divinidad que fue objeto de adoración especial en Pachacamac y que dio su nombre a la antigua ciudad. Fernando de Santillán (1879), p. 33: “el nombre de dicha ‘waka’ era Pachacamac”. Cieza I, cap. 72: “El nombre de este diablo significa ‘creador del Mundo’”.

Pachacamac en quechua equivale a “el Creador del Mundo”, “El que anima el universo”, “el organizador del mundo”.

La palabra Pachacamac se escribe de varios modos. La forma hoy generalmente aceptada para el nombre geográfico se halla también en las obras de Garcilaso; Santillán, p. 32 trae “Pachahccamahc”. La mayoría de cronistas (Cieza, Zárate, Miguel de Estete, p. 123, etc.) escribieron “Pachacama”, suprimiendo la gutural final, que se necesita gramaticalmente. Formas secundarias como Pacalcami, Hachacama, Pacama, que se dan en la información impresa de Estete, han de atribuirse a errores de lectura del manuscrito de este autor. El editor de la “Relación de la Religión de los indios del Perú”, en la *Colección de Documentos Inéditos*, III, p. 10, cambió la ortografía exacta del manuscrito del autor, que es Pachacamac, por Pachachaca.

Según la ley lingüística del quechua, el acento cala generalmente en la penúltima sílaba del vocablo Pachacamac; mas ahora, probablemente por influjo de la regla acentual española,

Las ruinas de la ciudad antigua están situadas en el límite septentrional del valle, sobre la margen derecha del río, cerca a su desembocadura y a sólo seiscientas yardas del océano.⁸ El desierto denominado Tablada de Lurín se extiende entre los valles de Lima y de Lurín, la playa baja y la empinada cordillera del interior;⁹ hacia el Sur desciende al valle y está franqueado por los verdes prados de la llanura en sus lados sudeste, sudoeste del valle y del océano, mientras que en las escarpas que dominan el valle se eleva de cincuenta a ochenta pies por encima del llano, al paso que algunas colinas¹⁰ se alzan entre ciento cincuenta y doscientos cincuenta pies sobre el nivel del desierto. El terreno situado entre esos cerros y a su alrededor encerraba el emplazamiento de la antigua ciudad. En el lado opuesto, el océano desmadeja sus olas poderosas en la playa arenosa, con tronar incesante, mientras que a dos o tres millas de la ribera pueden verse las pintorescas islas áridas de Pachacamac

el acento cae en la última y la palabra se pronuncia Pachacamac'. Esta acentuación por consiguiente, es errónea tanto histórica como lingüísticamente. En la forma de Pachacama', empleada en las primeras ediciones de las crónicas de Herrera y Zárate, parece haberse seguido la regla española de acentuación, pero la última consonante gutural que determinó su aplicación fue eliminada.

Por razones científicas parece conveniente emplear una escritura fonética de todos los nombres antiguos, con excepción de los toponímicos para los cuales debe aceptarse la pronunciación española. Para que un sistema de escritura fonética sea perdurable debe ser fácilmente legible; por consiguiente hay que evitar las nomenclaturas modernas. Por este motivo la escritura fonética que el señor Middendorf emplea en sus obras gramaticales sobre las lenguas indígenas merece preferencia sobre la seguida en sus trabajos lingüísticos por J.J. von Tschudi, Pacheco Zegarra (Ollantai, Paris, 1878). C.F. Beltram, Ludovico Bertonio y otros. Pero el sistema de Middendorf requiere alguna corrección. Él escribe el sonido palatal *k* antes de *a*, *o* y *u* como *c*, antes de *e*, *e* y *i*, como *qu*, a la manera española y la gutural profunda, como *k*. Por razones mejor debatidas en otra parte, el sonido superior *k* deberá ortografiarse siempre como *k* (*k*, *kh*, *k'*), y el más hondo como *q* (*q*, *qh*, *q'*); la aspiración con *h*, la breve muda (Middendorf 'c; Bertonio *cc*, *kk*, *pp*, *tt*) con - (*k'*, *q'*, *t'*, *p'*). La *J* suena aquí como la *ch* alemana, similar al vocablo alemán *ach*; la *ll* como en español; la *w* como la *w* inglesa. En cuanto a la *ch* española e inglesa convendría emplear el signo *č* (también la serie: *č*, *čh*, *č'*) si se dispone de la tipografía adecuada. Hay que reconocer que el uso de este sistema ortográfico para las nomenclaturas no geográficas implica una aparente incongruencia en la escritura del nombre Pachacamac en sus diferentes significados. En su sentido geográfico como denominación de las ruinas antiguas y del villorrio moderno, debe escribirse en conformidad con la consagrada forma española; como nombre de la divinidad es fonéticamente "Pachakamaj" (que corresponde a la ortografía fonética empleada por J.J. von Tschudi, *Beiträge*. p. 121). La aceptación de esta incongruencia parece ser menos nociva que lo sería el rechazo total de la ortografía fonética.

⁸ Las distancias relativas de las ruinas y de la villa de Lurín desde el río y donde están las ruinas desde el mar no figuran muy correctamente planteadas en el pequeño mapa que acompaña a la traducción inglesa del *Informe de Francisco de Ávila a los errores...* de Huarochirí, editado por Markham.

⁹ Comparar el panorama de la ciudad. Lam. 1.

¹⁰ En el plano de la ciudad, W, X, Y, Z.

entre un revuelo de nubes de pelícanos y otras aves marinas. Hacia el Sur, la mirada abarca la elegante curvilínea costera hasta el cabo Bubulusa, apenas discernible en la niebla azulada a unas veinte millas de distancia. Barrida por el viento marino, la arena del desierto se amontona sobre las ruinas.

Unas pocas plantas de *Tillandsia*, verdes sólo en invierno, constituyen la escasa y casi invisible vegetación del paraje; una lechuza uhulante, una lagartija que se asolea o acaso una viborilla son los únicos signos de vida animal en esta soledad. El sol quema implacable el suelo rocoso; mas una brisa refrescante del contiguo océano atempera el calor, de suerte que la temperatura fluctúa entre los noventa y los cincuenta y cinco grados [fahrenheit], sin exceder estos límites en invierno o verano.

Desde diversos puntos de la ruina se disfruta de una vista encantadora del valle. A distancia pueden verse las agujas de las iglesias modernas de las villas de Pachacamac y Lurín. Las mansiones de San Pedro y de la hacienda Buena Vista se alzan sobre eminencias pintorescas por encima de los verdegueantes boscajes campestres. Más lejos se extiende el vasto desierto hacia el Sur, en dirección a Chilca; a cuarenta y cinco millas de distancia, las estribaciones de los Andes surgen gradualmente hasta nueve mil pies de altura y reflejan al atardecer los rayos del sol poniente. En verano se puede observar el curso de la estación lluviosa en las alturas serranas desde abajo del valle y en invierno pueden contemplarse los picos nevados dominando la llanura subtropical.

La edad probable de la costa actual es asunto de cierta importancia para Pachacamac. En un tiempo esas islas estuvieron indudablemente unidas con la tierra firme, ya que el canal que los separa es poco profundo en este lugar. J.J. von Tschudi asegura que tales islas fueron aisladas o separadas del continente en fecha tan reciente como la de la época española por el terremoto de 1586,¹¹ que determinó grandes cambios a lo largo de la costa peruana. De haber ocurrido en verdad ese sismo en el tiempo indicado hubiera sido imposible que Francisco de Ávila relatase el mito de la provincia de Huarochirí en el año de 1608 en el que habla de la hermosa Cavillaca que huyó al mar con su hijo, donde ambos se metamorfosearon en rocas y fueron visitados por otra divinidad.¹² La madre y el hijo trocados en piedra deben ser la más grande y una de las más pequeñas islas del grupo de Pachacamac, que puede verse desde la orilla.¹³

¹¹ *Perú*, p. 245.

¹² *Perú*, p. 129.

¹³ Cf. Lámina 15, fig. 1 y lámina 16, fig. 3.

Rivero y Tschudi sostienen que aún puede hallarse en esas islas¹⁴ cimientos pétreos de edificios, lo cual niegan otros autores; pero aun cuando tal aserto tuviese base de verdad no sería sino débil prueba de la existencia de las referidas islas unidas con la tierra firme en la época primitiva de la historia del valle.

Otro punto es determinar si la costa es actualmente lo mismo que era en tiempos de la conquista española, lo cual parece dudoso. No hay tradición en el valle de una gran inundación desastrosa¹⁵ que lo asolase; pero es evidente que la fuerte marejada oceánica inunda constantemente la orilla. Se afirma que cerca de la villa de Lurín, en momentos de la bajamar, pueden verse los cimientos de antiguos edificios en la escasa profundidad de la playa. Por otra parte el señor Silva, que está muy familiarizado con la comarca, asevera que a una de las islas que yace algo más hacia el Sur se podía llegar cuando bajaba la marea con mulas a pie enjuto, cargando guano, lo cual sería imposible hoy. En viejos documentos legales que datan de la cuarta década del siglo XVII, y que se encuentran en la Biblioteca Nacional de Lima, así como en las escrituras de la hacienda San Pedro, se menciona un lugar llamado Quilcay que ya no existe en el valle y que según una leyenda se hundió en el fondo del mar.

Indudablemente, el perfil de la costa en las cercanías de la antigua ciudad ha cambiado desde el tiempo anterior a la llegada de los españoles, pues los campos que se extienden entre la ciudad y la playa suelen ser inundados por fuertes marejadas. A mitad de camino entre aquéllos y el océano, a cosa de cien yardas de éste, pueden verse las ruinas de un recio dique o de cierta primitiva obra de albañilería que data del período de los Incas, como se mostrará posteriormente. Si esta ribera hubiera sido azotada ocasionalmente por esas marejadas en aquel tiempo primitivo, el mencionado dique no habría sido probablemente construido. Las fuertes mareas que se levantan arrastran pedazos del farallón con el cual el desierto —la Tablada de Lurín— linda en la dirección del litoral, que en este punto es sólo de doscientas o trescientas yardas de ancho.

Si la relación de Estete sobre la marcha de Hernando Pizarro de Cajamarca a Pachacamac es digna de crédito debe tenerse por cierto que en los días de su viaje la unión de ambos valles, el de Lima y el de

¹⁴ *Perú*, p. 291. Waitz en su *Anthrop. der Naturw.*, p. 235, atribuye también erróneamente a Wilkes la aserción de que todavía puede hallarse ruinas en las islas.

¹⁵ Si hubiese ocurrido una inundación destructora, como las que azotaron el Callao y Lima durante los dos últimos siglos, hubiera sido imposible que las ruinas de Mamacona se hubiesen librado de la destrucción (véase el plano), pues la base de este edificio sólo está a veintidós pies sobre el nivel del mar y la cámara con terrazas a no más de treinta y tres.

Pachacamac, aún no se había interrumpido. Actualmente están separados por una faja de tierra estéril, que mide tres millas de largo en su punto más cercano. Miguel de Estete escribe que Hernando Pizarro avanzó del valle de Lima a la ciudad del dios, “sin apartarse de la fresca sombra de boscajes y poblados”. Por inexacta que sea esta afirmación, hay motivos suficientes para suponer que desde el tiempo de los Incas la línea de la costa ha retrocedido buen trecho tierra adentro, aunque no toda la distancia que separa hoy aquélla de las islas rocosas.